



El libro de Corts i Blay se completa con varios índices, y será seguido en su momento por nuevos volúmenes, a medida que se vayan abriendo al público los fondos del Archivo Vaticano correspondientes a posteriores períodos. Nos encontramos —y esta puede ser la conclusión a que lleguemos— ante una obra que constituye un instrumento de considerable valor para el trabajo de los actuales y de los futuros historiadores de la vida de la Iglesia en Cataluña.

J. Orlandis

Ramon CORTS I BLAY, *L'arquebisbe Félix Amat (1750-1824) i l'última Il·lustració espanyola*, Facultat de Teologia de Catalunya-Editorial Herder, Barcelona, 1992, XI + 686 pp.

El arzobispo titular de Palmira, Félix Amat, fue uno de los personajes más notables de la Iglesia española, durante el complejo periodo histórico que comprende la segunda mitad del siglo XVIII y las primeras décadas del XIX. Se trata del período crepuscular del Antiguo Régimen, que recoge todavía el clima intelectual de la Ilustración y lleva impresa la huella —en lo que se refiere a doctrina eclesiástica— de varios errores muy representativos de la época del Despotismo ilustrado.

Jansenismo, regalismo, Ilustración, episcopalismo... fueron los componentes del clima eclesiástico que respiró desde su juventud Félix Amat. Don Josep Climent i Avinent (1706-1781), el obispo ilustrado y filojansenista de Barcelona, que tan notable influencia tuvo en los ambientes culturales de la ciudad durante la segunda mitad del siglo XVIII, fue igualmente principal mentor intelectual del joven Félix Amat. Sobre el obispo Climent —que también inspiró doctrinalmente a otro futuro obispo de Barcelona, don Pedro Díaz Valdés—, existe un excelente es-

tudio de Tort i Mitjans, publicado en Barcelona, en 1978. Climent tuvo por paje y discípulo preferido a Félix Amat, se ocupó con cuidado de su formación y puso incluso al alcance del joven clérigo su biblioteca particular. Tras la dimisión forzosa de Climent en 1775 y hasta la muerte en 1781, Amat siguió siendo hombre de plena confianza de su antiguo obispo, para convertirse desde 1785 en canónigo magistral de Tarragona y colaborador de otro prelado ilustrado, el arzobispo Francisco Armanyá. La función de procurador suyo en Madrid, que Armanyá confió a Félix Amat, fue una eficaz credencial, que le abrió las puertas de la Corte.

La Corte de Carlos IV en sus últimos años —aquella que inmortalizaron los pinceles de Goya— fue el escenario de la promoción de don Félix Amat, cuya carrera eclesiástica y los oficios que desempeñó son buena prueba del favor que le otorgó el monarca. Nombrado abad de la Colegiata de San Ildefonso de la Granja y arzobispo titular del Palmira, el rey le hizo su confesor y le encomendó misiones de toda confianza, como la visita al monasterio de El Escorial o la dirección de su biblioteca privada. Los acontecimientos que jalonaron la época final del reinado de Carlos IV —el proceso de El Escorial, el motín de Aranjuez, la abdicación real...— afectaron de cerca al arzobispo de Palmira, cuya actitud contemporizadora frente a los enemigos franceses en las difíciles circunstancias de la Guerra de la Independencia le habrían de valer la etiqueta de «afrancesado», que seguiría pesando sobre él cuando sobrevino la restauración borbónica.

Los últimos años de su vida —de 1814 a 1824— que don Félix Amat, eclipsada ya su fortuna política, pasó en Cataluña, serían los más fecundos desde el punto de vista literario y aquellos en que vieron la luz pública sus obras más importantes. Fueron éstas las «Observaciones pacíficas sobre la potestad eclesiástica» (1817-1822) —que sería



prohibida por Roma tras la muerte de Amat, en 1825—, y las «Cartas a Irénico», las seis primeras publicadas entre 1815 y 1817, y las tres últimas entre 1821 y 1823. El minucioso examen de estas dos obras permite a Corts i Blay formular sus conclusiones: don Félix Amat, pese a su circunstancial afrancesamiento en la Guerra de la Independencia, no puede ser tenido por «liberal»; habría sido en cambio «parajansenista», un término que pretende compendiar la influencia del Jansenismo francés del siglo XVII, el episcopalismo, el regalismo, la oposición al curialismo romano y a las doctrinas morales —molinismo, probabilismo— características de la Compañía de Jesús.

A la cabeza de la obra figura una introducción debida a la pluma del P. Miquel Batllori. El volumen termina con el sumario de las fuentes utilizadas —manuscritas, impresas, inéditos de Amat...— y una extensa bibliografía. Indices de materias, onomástico y sistemático ocupan las páginas finales. El libro constituye, en suma, una notable contribución al estudio de la Iglesia en Cataluña, y aporta nuevas luces para el mejor conocimiento del fenómeno jansenista en la Península Ibérica y de su incidencia sobre la vida eclesiástica española del período final del Antiguo Régimen.

J. Orlandis

Ernst DASSMANN, *Die Anfänge der Kirche in Deutschland. Von der Spätantike bis zur frühfränkischen Zeit*, Kohlhammer Verlag («Urban-Taschenbücher», 444), Stuttgart-Berlin-Köln 1993, 231 pp.

La investigación de las fuentes literarias y arqueológicas que informan sobre los comienzos de la Iglesia en Alemania ha progresado mucho en los últimos decenios. Los resultados han sido publicados o bien en

historias de ciudades o diócesis determinadas, o bien en una gran cantidad de literatura especializada. Dassmann pretende resumir toda esa impresionante acumulación de conocimientos introduciéndolos en un solo libro, esto es, en el marco de una Historia general de la Iglesia.

Se estudian aquí los seis primeros siglos del cristianismo en territorio alemán. La expansión de la fe cristiana y la formación de una organización eclesiástica comenzaron en las provincias romanas Germania I y II con sus respectivas capitales Maguncia y Colonia, en Raetia II bajo la capitalidad de Augsburgo, así como en la Belgica I con Tréveris como capital y residencia imperial. Noticias seguras del tiempo de las persecuciones son muy escasas. Sólo en el siglo IV comienzan las fuentes a fluir más ricamente. A comienzos del siglo V las legiones romanas se retiraron de la frontera del Rhin. Las comunidades cristianas se encontraron inmersas en un gran apuro como consecuencia de la «Völkerwanderung» o invasión de los pueblos germánicos, según prueban los vacíos en las listas de obispos y la ruptura de tradiciones en la organización eclesiástica. A su vez, se impulsó la evangelización de los nuevos pueblos «bárbaros», de modo que se puede hablar de un traspaso de la fe cristiana desde la dominación romana hasta la franca y de una continuidad de la fe y de la organización eclesiástica entre la antigüedad tardía y la alta Edad Media.

El libro consta de cinco capítulos. El primer capítulo describe las provincias germánicas del Imperio Romano y analiza las causas por las que los romanos se vieron obligados a comienzos del siglo I a prescindir de la conquista de toda Germania. El capítulo segundo aporta los testimonios arqueológicos y los datos literarios de la presencia del cristianismo antes de Constantino; entre ellos destaca el *Aduersus haereses* 1, 10, 2 de Ireneo de Lyon: la primera mención de cris-